

Entre tanto el Tuerto de Mans y Duchesne arrancaban las puertas de los armarios. El último de estos bandidos encontró en uno de ellos una botella de aguardiente, cuyas tres cuartas partes se echó al colete de un trago. El Tuerto de Mans se la arrancó de las manos, diciéndole al mismo tiempo: «¡Aquí no se emborracha nadie! y la botella pasó de mano en mano hasta que no quedó en ella una gota de su contenido. Duchesne entre tanto dió con una cazuela de coles fritas con tocino y empezó á comérselas muy despacio, mirando cómo continuaban á sus pies Sin Pulgar y Longjumeau, la horrible operacion que habian emprendido.

—¡Quieres venir aquí, Duchesne! le gritó el jefe; si no dejas pronto esa cazuela, te rajo la cabeza.

Duchesne siguió registrando los armarios; al cabo de un rato halló un taleguillo en uno de ellos, se lo guardó y volvió á su tarea de comer coles y tocino; pero Francisco el Hermoso lo habia visto todo, y gritó sin volver la cabeza:—¡Camaradas! aquí hay uno que *afana* para sí; si no nos devuelve en seguida lo que ha *afanado*, lo vamos á tostar como á este otro.

Duchesne, con cara compungida, fué á entregar el taleguillo á su jefe; en él no habia mas que una cantidad insignificante en calderilla.—Escluido de la parte que le toque del taleguillo, sentencia el jefe, y que se dé por muy satisfecho de haber salido tan bien librado: ¡Duchesne, si vuelves á hacer otra como ésta, *irás á plantar malvas con el cogote!*

A pesar de todas las investigaciones no se encontraba nada mas, ni en los colchones ni en ninguna otra parte. Fousset, padre, estaba con el estertor de la muerte y no podía hablar como es consiguiente. Francisco el Hermoso dirigió una mirada horrible á la desgraciada víctima, y rabioso le pateó el estómago á su placer: en seguida echaron sobre aquel hombre á quien miraban ya como un cadáver, los colchones y las mantas de la cama.

Hecho el último registro y empaquetada la ropa blanca y todo lo demás que hallaron á mano, Francisco el Hermoso dió un silbido para llamar á los bandidos que se habian quedado en el patio y en la cuadra.

—¿Y ahora, dijo, señalando á los tres hombres y á la criada que seguian atados, qué vamos á hacer de éstos?—Cortarles la cabeza, dijo el Tuerto de Mans; no me gusta dejar detrás de mí *padrinos ni madrinas*.

Demasiado se habla ya de nosotros en el país, y demasiado se pasean por él los gendarmes.—¡Maldito Tuerto! exclamó el jefe; te reconozco perfectamente en esas palabras. ¡Los gendarmes, eh! Pues bien, ahora vamos á dejar aquí á estos pobres diablos para que cuando vengan esos gendarmes que tú dices, tengan con quien hablar; ¡valiente cuidado se me da á mí de todo lo que puedan decirles!

Dada esta orden, se abrió la puerta de la bodega, y á empujones, se hizo bajar á ella á Bernardo Fousset, al boyero y al pastor. Quedaba únicamente la sirviente, que aterrorizada por los gritos que habia oído dar á su amo, se agarraba á todas las puertas, creyendo que iban á martirizarla á su vez.

—Vamos á ver, tunanta, la dijo el tuerto de Mans, ¿quieres bajar con los otros mas que á paso? Y para ayudarla la dió un puntillon, y la pobre muchacha fué rodando las escaleras, lo cual hizo reir mucho á los señores bandidos.

Una vez en la cueva los cuatro que habian sobrevivido á la catástrofe, Francisco el Hermoso y el Gran Normando cerraron la trampa, pasaron un palo por el anillo de hierro de ésta, y pusieron encima dos barriles de harina.

A todo esto, eran ya las once de la noche.

La gavilla formó en dos filas; los que tenian armas de fuego iban á la cabeza; Francisco el Hermoso, Sin Pulgar y el Gran Normando, componian la retaguardia. Pasaron guardando el mayor silencio junto á las casas de Poupry, y desde allí se dirigieron al bosque de Poussin.

Allí se hicieron las particiones.

Encendieron una buena lumbre con la leña seca que pudieron hallar á mano, y todos los bandidos se sentaron en cuclillas en derredor de la hoguera. Cada cual empezó por quitarse el pingajo de camisa que llevaba encima y por arrojarlo al fuego, para ponerse otra limpia de las robadas en la granja. Luego se deshicieron los fardos, y la ropa blanca ó de uso que contenian se fue distribuyendo proporcionalmente y por iguales partes. Las tazas, vasos, hebillas y otras frioleras de plata, se separaron, y el jefe reservó para la Hermosa-Rosa una crucecita de oro con un corazon.

El Pequeño Normando fue á quien se comisionó para ir á vender las prendas de vestuario á la posada de la *Pierna al aire*, cerca de Angerville, en donde los amos, sus hijos y hasta los criados eran *francos*.

El jefe, antes de echarse á dormir al lado de la hoguera, reasumió en dos palabras la historia de la expedicion de que acababan de regresar:—Ese tuno de Fousset, dijo, nos ha robado.

El pobre granjero, á pesar de estar tan maltratado, no habia muerto aun. Cuando volvió en sí, no oyendo ya el menor ruido en la pieza, trató de desembarazarse de los bultos que le habian echado encima. Costóle no poco trabajo conseguirlo, y á la luz del poco fuego que habia en el hogar, vió que el colchon de pluma con que le habian cubierto ardía á fuego lento; el pobre hombre tuvo aun suficientes fuerzas para sacarlo con los dientes al medio de la cocina, para que no se incendiaran los demás objetos que estaban á su lado.

Aunque Fousset tenia las manos atadas atrás, la llama habia carbonizado los cordeles de las piernas y de los muslos, por lo cual pudo tratar de ponerse de pie, pero las plantas de éstos estaban en carne viva; así que el anciano no pudo hacer otra cosa que ir á rastra hasta la puerta; una vez allí, empezó á gritar con voz débil:—¡Bernardo! ¡hijo mio!... ¿en dónde estás?

Nadie contestó.

—Me lo habrán muerto, dijo el buen hombre hablando consigo mismo, y á gatas, prosiguió su penoso viaje hasta la puerta exterior.

En todo Poupry no habia una luz encendida, ni